

GUARDIANES  
INVISIBLES

A man in a dark leather jacket is shown from the waist up, holding a sword horizontally across his chest with his right hand. In his left hand, he holds a wooden cross. The background is a dramatic, golden-hued scene with wispy, smoke-like or ethereal light patterns. The overall mood is mysterious and intense.

AMANTE  
AL  
DESCUBIERTO

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

TINA FOLSOM

Con la capacidad de hacerse invisibles, los inmortales Guardianes Invisibles como Aiden, han estado protegiendo a los seres humanos del oscuro poder de los Demonios del Miedo durante siglos. Pero los demonios podrían tener pronto una poderosa herramienta en sus manos para seducir a los seres humanos al lado oscuro. Y la persona que les proporcionará este elixir, es una científica llamada Leila. Sin saberlo, la droga en la que está trabajando para curar la enfermedad de Alzheimer, tiene el efecto secundario inesperado de debilitar la resistencia de la mente a la influencia de los demonios.

El Consejo de los Guardianes Invisibles está dividido, algunos de ellos creen que el único camino seguro para erradicar esta amenaza, es eliminar a su inventor; mientras que otros se empeñan en proteger a la científica humana. Aiden es un leal Guardián Invisible que acepta el encargo de protegerla, a pesar de sus propias creencias de que no se puede confiar en los humanos. Sin embargo, cuando su vida está en peligro, cambia de opinión, y se ve involucrado en una lucha cuyos participantes no se conocen: ¿está luchando contra los demonios o contra sus compañeros Guardianes Invisibles?

El deseo prohibido se enciende entre Aiden y Leila, viéndose obligados a depender de la única persona en la que pueden confiar: el uno del otro. Incluso si él puede salvarla y derrotar a sus enemigos, una unión entre ellos, podría ser la empresa más peligrosa de todas.

*Siempre es más oscuro justo antes del  
amanecer...*

Thomas Fuller (1650)

## 1

Aiden lanzó su daga hacia el demonio, intentando darle directo a su frente, pero el arma falló el blanco porque el hijo de puta giró a una velocidad sobrenatural. Girando a la izquierda, Aiden evitó lo que se le vino luego: un cuchillo antiguo volaba hacia su dirección, el cual acababa de dejar la diestra muñeca del demonio, casi tan rápido como la escoria del inframundo giraba sobre sus talones. El filo de la navaja pasó demasiado cerca. Forjado en los Días Oscuros, el arma podría incluso matarlo a él, un Guardián Invisible inmortal. Y él no estaba allí para morir. Estaba luchando contra el mal para salvar a su encargo, una mujer humana que le había sido asignada para protegerla de la influencia de los Demonios del Miedo, los mayores enemigos de la humanidad.

Aiden vio con horror como los tres demonios unían sus poderes y proyectaban un torbellino de niebla negra, envolviendo la entrada de un edificio de apartamentos en ruinas, sus tentáculos llegaban hasta los pies de su protegida mientras ella daba otro paso hacia ellos como si la tiraran por hilos invisibles.

Sonidos parecidos a un tornado ensordecían sus oídos, y sus gritos fueron tragados por el mismo mientras Sarah estaba siendo absorbida en sus profundidades. Seducida por las promesas de poder y riqueza de los demonios, avanzó hacia el oscuro portal que la llevaría a su mundo, convirtiéndola en uno de ellos.

—¡Sarah! ¡Nooooo!

Volvió la cabeza como si lo hubiese escuchado por encima del estruendo en el callejón. Pero sus ojos estaban vacíos. Como si ella ni siquiera pudiera verlo.

Sabía que la única manera de conseguir que se detuviera era destruyendo el portal, lo que significaba matar a los demonios que lo habían creado. Al instante, se volvió para recuperar el cuchillo que el demonio le había lanzado. Al igual que esa arma podía matarlo a él, también podría matar a un demonio. Ellos eran tan vulnerables a las herramientas forjadas en los Días Oscuros, como lo eran los Guardianes Invisibles.

La mirada de Aiden se dirigió al callejón hacia la intersección, pero ninguno de sus hermanos venía por su ayuda. Cuando se dio cuenta de que lo superaban en número, de inmediato llamó a su segundo en mando, Hamish. Sin embargo, su compañero Guardián Invisible no se encontraba por ninguna parte. Como si se hubiera desvanecido en el aire.

Su código de ética dictaba que el Guardián Invisible segundo en mando, estaría cerca en todo momento para responder rápidamente en situaciones como estas... situaciones de vida o muerte. Aiden había sido a menudo el segundo para Hamish, y aunque el término "segundo" implicaba rango, un cambio entre ser centinela y segundo ocurría en cada misión. Aseguraba un constante refinamiento de sus habilidades, de estar cómodos tanto dando órdenes como siguiéndolas.

Eran hermanos, si no en sangre al menos unidos por un objetivo común: proteger a la raza humana de la influencia de los Demonios del Miedo y de promover el bien en este mundo.

De reojo, percibió un movimiento y se dio cuenta al instante que dos de los demonios habían salido de la protección del vórtice, claramente para acabar con él en combate cuerpo a cuerpo.

Aiden expulsó una risa amarga. Les esperaba una sorpresa. El combate cuerpo a cuerpo, era su especialidad.

—Vengan por mí, —los tentó, abriendo los brazos para invitarlos. Una ráfaga de viento sopló a través de su capa, lo que hizo que los extremos se agitaran frenéticamente detrás de él.

La risa burlona de los demonios zumbaba por encima del ruido, y por un momento, fue todo lo que Aiden escuchó. La mirada suplicante hacia Sarah se perdió en sus ojos vacíos. Ella movió la cabeza lentamente de lado a lado mientras daba otro paso hacia adelante. No era más que un débil ser humano, la influencia que los demonios tenían sobre ella, era demasiado fuerte para resistirse.

Apretando los dientes, y agarrando fuertemente la hoja del antiguo cuchillo en su puño, Aiden saltó hacia el primer demonio, una criatura humanoide en apariencia, pero con deslumbrantes ojos verdes, señal inequívoca de maldad en su interior. Chocó contra su oponente, quien tenía un físico tan masivo como un tanque. Lo cual no disuadió a Aiden en lo más mínimo. Aunque no era tan fuerte como el demonio, era más ágil y más rápido. Era su ventaja en el combate cuerpo a cuerpo.

Gruñendo como una bestia, el demonio dirigió una daga hacia su pecho, pero Aiden la eludió en un abrir y cerrar de ojos, y se catapultó a sus espaldas. De un golpe limpio, pasó el cuchillo por el cuello del demonio, abriéndose el corte de izquierda a derecha. En medio de los gruñidos de sorpresa de la criatura muriéndose, la sangre verde brotaba hacia la calle. Aiden metió la rodilla en la espalda del demonio vencido y lo arrojó al suelo.

Pero él no tuvo oportunidad de respirar. Con un gruñido feroz, el segundo demonio se le fue encima, haciéndolo caer. El impacto robó todo el aire de sus pulmones por un momento, inmovilizándolo.

Mientras yacía en la superficie húmeda y con la enorme criatura aplastándolo, tuvo la oportunidad de echar un vis-

tazo al vórtice. Sarah estaba casi sobre él, y sus pasos eran menos vacilantes ahora. Aiden podía escuchar los susurros seductores del tercer demonio que estaba persuadiéndola para que viniera hacia él. Y débil como era, ella se acercó.

Sin embargo, Aiden no se lo permitiría. Reuniendo toda su fuerza, liberó una pierna y pateó fuertemente entre los muslos del demonio. Por suerte, los demonios también tenían bolas. Y por los sonidos que el hijo de puta estaba haciendo ahora, eran tan sensibles como las de un humano.

Con un empujón, Aiden empujó al doliente demonio de su pecho. Sus ojos buscaron el cuchillo que había dejado caer, mientras el idiota lo había obligado a aterrizar. Mientras lo hacía, el demonio recuperó su fuerza y se levantó, el brazo firmemente agarrado de la daga mientras la embestía hacia el cuello de Aiden. Se rodó hacia un lado, evitando la hoja mortal por una fracción de segundo, y se puso de pie en el mismo instante.

Pero el demonio fue igual de rápido y pasó una pierna contra él, catapultándolo a la pared detrás de él.

Tenía una costilla rota pero el poder que habitaba en su cuerpo, se aseguró de que Aiden no sintiera ningún dolor. Como ser inmortal, su tolerancia al dolor era muchas veces mayor que de un simple ser humano, aun cuando su cuerpo era enteramente humano en apariencia.

Aunque bajo la piel y los músculos, se encontraban las experiencias colectivas de todos los Guardianes Invisibles que habían caminado alguna vez por esta tierra. *Virta*, como ellos lo llamaban, les prestaba el poder para luchar contra los demonios y de camuflarse a sí mismos y a los seres humanos, como si hubieran arrojado una capa de invisibilidad sobre ellos. Se les había otorgado poderes que desafiaban la física... poderes que los seres humanos verían como sobrenaturales... si es que supieran que existían los Guardianes Invisibles. Sin embargo, su existencia había sido ignorada durante siglos. Desde su comienzo en los Días Oscuros.

Mientras Aiden intentaba ponerse de pie, su mano rozó la daga que había tirado antes en la frente del demonio. Él la agarró y se lanzó de nuevo hacia delante contra su atacante, aterrizando el cuchillo en el estómago del sinvergüenza.

Mientras los ojos del Demonio del Miedo se agrandaban con incredulidad, Aiden tiró la daga hacia arriba, cortándolo y abriéndolo como un cerdo. Las vísceras y la sangre verde se derramaban de él, haciendo que el hedor inundara el aire fresco de la noche, antes de que su cuerpo se desplomara.

Sin perder un segundo, Aiden giró y corrió hacia su encargo. En un intento desesperado de salvarla, su cuerpo se sacudió con tensión, su larga capa negra se batía a los costados, y volaba hacia atrás por la fuerza del remolino de aire y la niebla. Llevando las manos hacia adelante para tratar de tirar de ella hacia él, concentró toda su energía en un solo pensamiento: salvar a esta mujer de las garras del mal.

La cólera hervía en él como en una caldera a punto de desbordarse. No podía permitir que se la llevaran. Cada alma que los demonios llevaban hacia su lado, los hacía más fuertes. Pronto ellos se levantarían otra vez desde sus guaridas en lo profundo de los infiernos y dominarían a la humanidad una vez más. La desolación de esta imagen, lo hacía estremecerse hasta los huesos.

Un grito a sus espaldas le hizo girar la cabeza, haciéndolo perder la concentración por un momento. Vio a una mujer con un niño en sus brazos tocando frenéticamente el timbre de una puerta en uno de los edificios de apartamentos, son sus ojos desorbitados de horror.

¡Mierda! No le hacían falta testigos para lo que estaba sucediendo allí.

Pero no había nada que pudiera hacer ahora. Su primera prioridad era salvar a Sarah.

Reuniendo el antiguo poder que estaba dentro de cada Guardián Invisible, permitió que surgiera a través de su



cuerpo y recargara sus células. Él se tambaleó hacia adelante, cargas eléctricas bailaban en sus manos como pequeñas llamas, y llegó a ella.

Ella lo empujó hacia atrás, la ira brillaba en sus ojos. Detrás de ella, divisó el tercer demonio mientras su mano se acercaba a través del vórtice, con una daga en su mano. Susurrándole algo a ella, el demonio puso en su mano el arma antigua.

Con temor, Aiden se dio cuenta de cómo ella lo aceptaba y movía la muñeca como si hubiera sido entrenada para hacerlo. El demonio controlaba su cuerpo ahora.

Todo lo que Aiden pudo hacer, fue girar hacia un lado para evitar el cuchillo.

Luego sus ojos se volvieron de color verde. Al ceder a la demanda del demonio, se había convertido en uno de ellos.

Otro grito llevó su atención a la mujer detrás de él. Lo que vio le revolvió el estómago. La daga de Sarah había golpeado al niño en la cabeza. La sangre fluía de la herida hacia el pequeño suéter blanco y hacia las manos de la madre, que estaba tratando desesperadamente de salvar a su hijo.

¡Maldita sea! Tendría que haber matado a Sarah en el momento en que se dio cuenta de que no podría ser salvada. Ahora ella había matado a un inocente. Y él tenía la culpa, por no haber actuado con suficiente rapidez.

La había dejado vivir, porque había esperado poder salvarla.

Había vuelto a fracasar. Sintiendo que su pasado lo alcanzaba, obligó a que los dolorosos recuerdos de su primer y único otro fracaso se alejaran, y concentró su energía en su presente encargo. Sin vacilar, apuntó. La antigua daga se instaló en el cuello de Sarah, deteniendo sus movimientos. La sangre salió a borbotones de la herida fatal, y ella cayó hacia el vórtice.

El llanto de frustración del demonio llenó el callejón, y las descargas de luz iluminaron la oscura noche. Un momento después, el aire y la niebla detuvieron su rotación, y todo quedó en silencio, salvo por los sollozos de la mujer cuyo hijo yacía muerto en sus brazos.

Aiden la miró, sus ojos se humedecieron al sentir su dolor.

—Lo siento, —susurró, su corazón lleno de compasión.

Cuando llegó al lugar donde Sarah había caído, estaba vacío. El vórtice la había tragado. Solo su puñal ensangrentado quedaba como evidencia de que él la había matado. No había tenido más remedio que hacerlo. Era mejor que permitir a los demonios usarla. Mejor para ella y para este mundo. Era la razón por la que no podía arrepentirse de su acción. Lo único que lamentaba era el haber retrasado lo inevitable y no haber actuado antes.

Nunca más volvería a dudar en matar a un ser humano que tenía razones para creer que se había convertido en peligroso. Era mejor que un ser humano muriera, que permitir a los demonios que capturaran otra alma o que un inocente sufriera, como lo había hecho este pequeño... y su madre. La próxima vez, su daga daría en el blanco en el momento en que sospechara que un demonio estuviera influyendo a su protegido. No dudaría de nuevo.

Los seres humanos eran demasiado débiles. Debían ser eliminados tan pronto como representaran un peligro. El Consejo estaba equivocado al tratar de protegerlos cuando claramente se volverían en contra de sus protectores, contra los Guardianes Invisibles que solo querían lo mejor.

Sarah no era la única que le había probado eso.

Viejos recuerdos, y sin embargo más frescos que nunca, le recordaban una vez más que nunca podría permitirse flaquear de nuevo. Sus dudas le habían costado muy caro, hace muchos años atrás. Como resultado, toda su familia había sufrido, habían perdido un ser querido, y fue su culpa.

Su corazón se estremeció dolorosamente, mientras resurgía la culpa de su error en el pasado. Él nunca podría cometer el mismo error otra vez.

Tenía que erradicar el mal rápidamente, sin importar de qué forma se presentara: demonio o humano.

## 2

Leila oyó un golpe urgente en la puerta de su laboratorio y levantó la cabeza del microscopio.

—¿Dra. Cruickshank? ¿Todavía está ahí?

Se alisó su bata de laboratorio y vio su reflejo en la caja de vidrio sobre la mesa de trabajo en donde estaba encorvada. Todavía llevaba su pelo largo y oscuro en una cola de caballo, pero varios mechones se habían soltado y ahora se enroscaban alrededor de su cara. Parecía casi como si un estilista se hubiese esforzado mucho para arreglarle el pelo así. Por supuesto, eso no era posible. Ella no había estado en un salón de belleza en meses. ¿Cómo iba a perder su precioso tiempo preocupándose por su apariencia cuando tenía un trabajo tan importante que hacer?

Durante los últimos meses había hecho un enorme progreso. Los ensayos clínicos eran prometedores, y parecía que no habría más que un ajuste de precisión necesario hasta que la droga hiciera exactamente lo que quería: detener el avance de la enfermedad de Alzheimer, una enfermedad que estaban sufriendo sus padres. La droga, incluso parecía mostrar cierta promesa de ser capaz de revertir algunos de los efectos de la enfermedad, a pesar de que las posibilidades de erradicar todo el daño que el Alzheimer ya hubiese causado, eran escasas.

Para sus padres, era una carrera contra el tiempo. Había momentos en los que parecían estar perfectamente bien, pero en otras ocasiones, sus fallos de memoria eran evidentes, y ella podía sentir que se alejaban. Si no terminaba su

investigación pronto, el daño en las neuronas de sus cerebros se volvería demasiado grave, incluso para que su maravillosa droga lo revirtiera. Cuanto antes les administrara el fármaco, mayor sería la posibilidad de una cierta recuperación de la función cerebral. A pesar de que se daba cuenta de que sus padres tal vez nunca se podrían recuperar, ella se aferraba a la esperanza de que al menos parte de su función cerebral pudiera ser restaurada a su estado anterior.

A los treinta y seis años, ella debería tener hijos y una familia propia, pero nunca había tenido más tiempo para otra cosa que para su trabajo.

Después de terminar la facultad de medicina, ella había querido seguir cirugía plástica, atraída por los elevados ingresos que la especialidad ofrecía. Sin embargo, cuando primero su padre y luego su madre habían mostrado los primeros signos de la enfermedad, rápidamente había cambiado de carrera.

Leila se había dado cuenta de repente que todo el dinero de sus padres no significaba nada cuando estaban perdiendo lo que más amaban: el uno al otro. Después de su beca de investigación, el Inter Pharma había mostrado interés en su investigación y le ofreció un trabajo. Ahora dirigía su propio laboratorio, supervisando tres asistentes de laboratorio y dos jóvenes investigadores.

Le encantaba manejar su propio laboratorio, el orden de su trabajo le atraía. Todo tenía su tiempo y su lugar. Así era como se las arreglaba para lidiar con la crisis: manteniendo las cosas en orden y siempre sabiendo lo que venía después, siempre teniendo un plan. Le daba seguridad, algo que había anhelado desde que sus padres se habían enfermado. Y esa necesidad de seguridad, impregnaba todo su trabajo.

Mientras su equipo de laboratorio ejecutaba muchas partes diferentes de su investigación, Leila era la única que tenía acceso al conjunto total de datos y la fórmula comple-

ta de la droga, tal como existía en esos momentos. Mantener sus datos seguros, era de suma importancia para ella.

Era una de las razones por las que no utilizaba la red informática que Inter Pharma le proporcionaba, sino que utilizaba su propia computadora portátil codificada. Hacía copias de seguridad de sus datos en un dispositivo de memoria que disfrazaba como un colgante de diamante incrustado, y llevaba colgado en un collar alrededor de su cuello dondequiera que iba.

Había habido incidentes anteriores, donde los datos de otro investigador habían sido robados por un empleado y más tarde reaparecieron en otra compañía farmacéutica, que luego los vencía con el descubrimiento. Un nuevo medicamento significaba grandes cantidades de dinero para Inter Pharma, pero para Leila significaba tener de vuelta a sus padres y ver el reconocimiento iluminar sus ojos una vez más antes de que fuera demasiado tarde y ya se hubiesen ido para siempre.

—¿Dra. Cruickshank?

Leila se levantó de golpe de su silla y se dirigió a la puerta, abriéndola con la llave. Se había acostumbrado a cerrar la puerta con llave cada vez que estaba sola en el laboratorio. Mientras la abría, miró la cara sonrojada de la asistente personal del director general, Jane.

—Ah, bueno, todavía estás aquí. No estaba segura, —balbuceó.

Leila asintió con la cabeza preocupada. Su personal ya se había ido esa noche, pero a pesar de que eran pasadas las ocho, no estaba lista para irse. Siempre había más datos que analizar.

—Jane, ¿qué necesitas? —Preguntó ella, esperando que todo lo que la despistada secretaria quisiera, fuera un paquete extra de azúcar o un saquito de té porque había olvidado una vez más pedir suministros para las oficinas ejecutivas.

—El señor Patten me ha enviado. Me preguntó si dispones de un minuto para hablar con él.

—¿Ahora? Pensé que se había ido a casa hace mucho tiempo. —Era raro que nadie más que ella y el tipo de seguridad trabajaran hasta tarde.

—Me gustaría. Pero él tuvo una reunión hasta tarde, y no hace mucho acaba de terminar. Por supuesto, él me hizo quedar. —Jane dejó escapar un suspiro de fastidio.

—Así que, ¿puedes? Me refiero, ¿ir a verlo en su oficina?

Leila asintió distraídamente a pesar de que odiaba la interrupción.

—Ah, ¿y te queda algo de azúcar? Se me terminó.

Bueno, eso explicaba por qué Jane no había utilizado el teléfono para llamarla a la oficina.

Leila se volvió rápidamente para agarrar un puñado de paquetes de la taza en la parte superior del refrigerador y las colocó en las manos extendidas de Jane. Asegurándose que la puerta se cerrara detrás de ella, caminó por el largo pasillo seguida por la asistente de Patten.

La llave alrededor de su cuello tintineaba contra su colgante, haciendo un extraño sonido en el corredor vacío.

—Siempre he admirado tu collar, —conversó Jane—. ¿Te acuerdas en dónde lo compraste?

—Lo pedí por encargo, —dijo Leila, ignorando el repentino picor en la nuca. Rápidamente se fijó por encima del hombro, pero no vio nada, solo el suelo de linóleo brillante y las paredes blancas estériles.

—¿Por encargo?

Ella asintió con la cabeza a Jane.

—Sí, hice que un joyero lo hiciera para mí. —Para ocultar su lápiz de memoria de sesenta y cuatro GB y mantener su investigación cerca de su corazón, literalmente. Pero nadie sabía eso. Tal vez era paranoia o tal vez se trataba simplemente de sentido común, pero quería asegurarse de que jamás ninguno de sus datos se perdiera.